

"Sus ditados y blasones" : las semblanzas de los conquistadores en Bernal Díaz del Castillo

Autor(en): **Eberenz, Rolf**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **22 (1992)**

PDF erstellt am: **28.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-261367>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

«SUS DITADOS Y BLASONES»

Las semblanzas de los conquistadores en Bernal Díaz del Castillo

1. *Apreciaciones críticas de la Historia verdadera*

La crónica de Bernal Díaz del Castillo siempre me ha parecido un texto en que se manifiesta de forma particularmente patente la ambigüedad de la escritura testimonial sobre una guerra de conquista. Recordemos que la valoración del libro ha variado notablemente a lo largo del tiempo. De Antonio de Solís a William H. Prescott, los historiadores censuraron su prolijidad y la rudeza de su estilo; desde el siglo pasado, en cambio, los estudiosos se han dejado fascinar por el verismo y la espontaneidad del relato bernaldiano¹. Al mismo tiempo, lo aceptaron como alegato de un protagonista de la empresa contra los libros de López de Gómara y Las Casas, a quienes tachaba de falseadores de la realidad histórica. A estos cronistas, que poco o nada habían participado en la guerra mexicana, les oponía Bernal Díaz los pormenorizados recuerdos del testigo ocular; frente al ensalzamiento unilateral de la figura de Cortés ponderaba los méritos de capitanes y soldados rasos; y en su protesta contra los funcionarios reales que iban cercenando las prerrogativas de los conquistadores, el viejo regidor de Guatemala se granjeaba la simpatía del lector con el recuento de sus hazañas. De modo que, si la ocupación de la Nueva España en general y la actuación de Hernán Cortés en particular merecían juicios bastante severos, Bernal Díaz parecía salvarse milagrosamente del anatema de la crítica moderna.

No hace mucho, Rolena Adorno hizo notar tal contradicción, echando nueva luz sobre los móviles profundos de la *Historia verdadera*: además de corregir la visión de otros cronistas, Bernal Díaz habría querido justificar la Conquista y, como consecuencia directa, la institución de la Encomienda

hereditaria en cuanto merecida recompensa de los capitanes españoles². Si fuera exacto que nuestro autor puso sus dotes de narrador al servicio de la explotación encomendera, el capitán de Medina del Campo ofrecería por supuesto una imagen menos edificante de la que se solía admitir. Ahora bien, R. Adorno se guarda con razón de cargar sobre medida las tintas; y agrega que, si la obra se suele apreciar también como creación literaria, ello se debe en parte a su inspiración en los libros de caballerías³. Por mi parte, pienso que el interés económico no es más que uno de tantos móviles, y, aunque en nuestro siglo la guerra se mire con otros ojos que en el XVI, podemos constatar que la obra no ha perdido nada de su atractivo.

Uno de los aspectos que forman parte tanto de los objetivos perseguidos por Bernal Díaz como de sus indudables logros literarios son las semblanzas de los antiguos compañeros de armas. Siempre me ha sorprendido la meticulosidad con que nuestro autor describe a los protagonistas —a todos los que recuerda, hasta al más humilde— de la expedición mexicana. No puede haber sólo premeditación y cálculo en estos retratos. En muchísimos casos se siente simplemente la pasión del memorialista que vuelve sobre lo andado y, en una desesperada corrida contra el tiempo y el olvido, intenta fijar sobre el papel paisajes, batallas, rostros y palabras que se le habían grabado en la memoria.

Y es que precisamente en la manera de referirse a los capitanes y soldados de la expedición aparecen los dos principios contradictorios que parecen guiar la escritura bernaldiana: por un lado, el discurso planeado para un fin concreto y, por otro, el relato que fluye espontáneamente, saltando de un tema a otro, de modo que el mismo narrador debe llamarse repetidamente al orden, para volver al argumento central.

En cuanto a la estrategia discursiva, es evidente que Bernal Díaz, en su afán de subrayar la índole colectiva de la empresa, se propone desde el comienzo resaltar sistemáticamente la actuación y el perfil humano de los conquistadores. En varios pasajes se refiere explícitamente a este cometido. Así, cuando en los preliminares de la expedición coinciden en Santiago de Cuba algunos de los que más adelante han de desempeñar un papel importante, se detiene para presentárnoslos detenidamente:

Pues antes que más pase adelante, porque nombraré algunas veces a estos hidalgos que he dicho que venían por capitanes, y parecerá cosa descomedida nombrarles secamente, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Alonso de Ávila, y no decirles sus ditados y blasones, sepan que el Pedro de Alvarado fue un hidalgo muy valeroso [...] (BD, 19)⁴.

Los *dictados y blasones* de los conquistadores, he aquí una expresión que encierra toda la significación de estos esbozos biográficos: si *blasón* es conocido como «figura, señal o pieza de que se compone el escudo de armas» y significa «por metonimia lo mismo que honor y gloria», según reza el *Diccionario de autoridades*⁵, *dictado* viene definido en la misma obra como «título de dignidad, honor o señorío que tienen las personas según sus empleos u dominios: como duque, conde, marqués, consejero, etc.». Pero estos conceptos nobiliarios deben entenderse aquí en un sentido nuevo. Los verdaderos blasones de los capitanes son sus victorias; los cargos y estados, los que por sus esfuerzos han alcanzado en el Nuevo Mundo. Bernal Díaz quiere ser breve, y en cambio el texto se le convierte en verdadero mar de historias; intenta dar una visión exhaustiva de sus personajes, pero tiene la impresión de que estas descripciones se quedan cortas:

Si hubiera de escribir todas las facciones e proporciones de todos nuestros capitanes e fuertes soldados que pasamos con Cortés, era gran prolijidad; porque, según todos eran esforzados e de mucha cuenta, dignos éramos de estar escritos con letras de oro. (BD, 643)

2. *Los actores de la conquista*

Este proyecto de dar cuenta cabal de las condiciones de todos los expedicionarios se materializa de varias formas. Por lo pronto, en su exploración de la historia cotidiana el narrador no pierde ocasión para referirse a sus personajes, incluso a los insignificantes y anecdóticos. Y cada vez que nombra a un soldado, nos facilita, a manera de ficha antropométrica, sus datos más importantes, como nombre, oficio, lugar de origen, rasgos morales, características físicas, apodo, estado civil, etc.:

[...] aquel día había venido de la Isla de Cuba un navío, y por capitán de él un Francisco de Saucedo, que llamábamos «el Pulido»; y pusímosle aquel nombre porque en demasía se preciaba de galán y pulido, y decían que había sido maestresala del almirante de Castilla, y era natural de Medina de Rioseco. (BD, 100-101)

[...] y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo que se decía Argüello, que era natural de León y tenía la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy robusto de gesto y mancebo de muchas fuerzas, [...]. (BD, 200)

Procura no dejar a ninguno sin describirlo con alguna precisión, lo que no resulta siempre fácil, sobre todo cuando falla la memoria o cuando hay varias personas del mismo apellido. Esta presentación somera introduce al personaje en el discurso y permite darlo en adelante por identificado y conocido, si bien el texto muestra aquí algunas inconsecuencias: varios soldados son caracterizados más de una vez —así, por ejemplo, Gonzalo Mejía «Rapapelo» (BD, 519, 637)— o presentados como nuevos, aunque figuran ya en algún pasaje anterior, como fray Toribio Motolinía (BD, 510; cfr. 167, 500); también se cuenta en diversos lugares cómo los aztecas llamaron Tonatio, es decir, «Sol», a Pedro de Alvarado debido a su carácter alegre y sociable.

Es ya un tópico que nuestro cronista se siente a menudo abrumado por la cantidad de sucesos y personajes que acuden en tropel a su memoria, para hacerle perder una y otra vez el hilo conductor de la narración. Consciente de lo enmarañado de su relato, intenta subsanar este defecto en dos capítulos de la parte final —205 y 206—, en los que realiza de nuevo, y esta vez de forma razonada, lo que es sin duda su principal preocupación: poner de relieve a los protagonistas de la gesta. El capítulo 205 es una especie de índice de los conquistadores que llegaron a México con Cortés. Contiene un escueto resumen biográfico de cada uno, en el que se precisa dónde y cómo murió. El 206, en cambio, está en principio reservado a los capitanes de mayor renombre y se concibe como verdadera galería de retratos literarios. Figuran en este panteón de la Conquista Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Diego de Ordás, Luis Marín, Pedro de Ircio, Alonso de Ávila, Andrés de Monjaraz, Andrés de Tapia, Pánfilo de Narváez, así como

tres soldados de especial mérito. En cuanto a Cortés, se remite a la semblanza más extensa realizada en un pasaje anterior. El propósito de ambas relaciones es separar otra vez el grano de la paja, distinguiendo a los veteranos de aquellos soldados «nuevamente venidos de Castilla, que no saben qué cosa es guerra de indios ni sus astucias» (BD, 577).

El texto reproduce claramente la organización jerárquica del cuerpo expedicionario. Cortés, sus capitanes y los soldados rasos reciben cada uno un tratamiento bien diferenciado y conforme a su estatuto social. Los primeros tienen derecho a verdaderas semblanzas, ordenadas en la galería ya mencionada, mientras que los representantes de la tropa son descritos de forma más expeditiva, al correr de la pluma. Cortés, por razones obvias, está presente a lo largo de toda la obra, y su perfil se va completando a través de los numerosos episodios en que interviene personalmente. Veamos rápidamente las principales etapas de su caracterización, prescindiendo de las frecuentes consideraciones sobre sus dotes militares. El héroe entra en escena modestamente, estando ya afincado en Cuba, como:

un buen hidalgo, que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, el cual fue hijo de Martín Cortés de Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, e ambos hijosdalgo, aunque pobres; e así era por la parte de su padre Cortés y Monroy, y la de su madre Pizarro e Altamirano: fue de los buenos linajes de Extremadura, e tenía indios de encomienda en aquella isla, e poco tiempo había que se había casado por amores con una señora que se decía doña Catalina Xuárez Pacheco [...]. (BD, 37)

Esta presentación del personaje cuando el relato está ya bastante avanzado contrasta singularmente con el procedimiento elegido por López de Gómara, quien comienza su libro nada menos que por una dedicatoria al hijo de Cortés y unos capítulos sobre el nacimiento, juventud y formación del héroe. Volviendo a Bernal Díaz, resulta que a pocas líneas del pasaje citado refiere el nombramiento de Cortés como comandante de la armada y señala un sorprendente cambio en su atuendo provocado por este ascenso: aunque pobre y endeudado, se empezó a «pulir e abellidar en su persona [...] e se puso un penacho de plumas con su medalla de oro, que

le parecía muy bien» (BD, 38). Aún más tarde el atavío es en cierto modo un atributo simbólico que subraya su rango. Así, cuando, después de la derrota de Pánfilo de Narváez, Cortés recibe el homenaje de sus seguidores sentado en un sillón, lo vemos vestido de un ropaje largo de color naranja, con sus armas (BD, 256). Y más adelante, en el detallado retrato, hay también una curiosa descripción de su indumentaria:

[...] y en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas ni damascos ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imagen de nuestra señora la virgen santa María, con su hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latín en lo que era de nuestra señora, y de la otra parte del joyel el señor san Juan Bautista, con otro letrero; también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado ni la letra dél; mas después, el tiempo andando, siempre traía gorra de paño sin medalla. (BD, 622)

El pasaje sorprende por su detallismo casi pictórico y por las referencias a las joyas de Cortés. Este último elemento no es fortuito, ya que otros capitanes aparecen igualmente retratados con sus cadenas de oro, signo patente del bienestar material; en el Marqués del Valle todos estos objetos ponen en evidencia, claro está, la posición de gran señor, pero también su modestia personal.

Volveré más adelante a los múltiples rasgos de Cortés que comenta Bernal Díaz, sobre todo los que se desprenden de las anécdotas relativas a la vida diaria de los conquistadores. De momento, quiero insistir en la extensión de la semblanza final y en su situación dentro del texto, ya que sigue al relato de la muerte del héroe —no se inserta, pues, en la galería de retratos de los capitanes— y representa la pieza prosopográfica más notable de la obra.

Todo esto prueba, por si hiciera falta, que en contra de lo que alguna vez se ha dicho Bernal Díaz admira al jefe de la expedición; lo aprecia a tal punto que al mencionarlo en el texto se permite prescindir de su nombre de pila y títulos, llamándolo «Cortés a boca llena». Por un lado, el mismo

general, con su predilección por un trato llano y franco, lo quería así y, por otro, en toda Castilla se le conocía ya con su apellido a secas, como en su tiempo Julio César o Pompeyo (BD, 574).

Dice Manuel Alvar que Bernal Díaz escribe para sí mismo y para sus compañeros, cuando otros cronistas conceden un excesivo protagonismo a Cortés⁶. Podría añadirse que, respecto a los actores de la epopeya mexicana, el narrador sabe muy bien lo que de él se espera. Es curioso ver que al precisar intervenciones individuales y al esbozar el perfil de los más destacados tiene en mente las expectativas de unos lectores concretos. En cierta ocasión se adelanta a la pregunta de los lectores, quienes podrían echar de menos una mención de Gonzalo de Sandoval, señalando que éste era joven y todavía no había llegado a la fama (BD, 82). En otro pasaje refiere las dudas de «ciertos caballeros curiosos» sobre el motivo de la decisión de Cortés de enviar a Alonso de Ávila a Santo Domingo, lo que le da ocasión para comentar el suceso (BD, 314-315). Y al final ya del libro cita a dos lectores maravillados de su portentosa memoria que le permite recordar al cabo de los años a tantas personas, «sus proporciones, así de cuerpo como de rostro y edades, e las condiciones que tenían, y en qué parte murieron, e de qué partes eran» y les responde que ello no tiene nada de particular en alguien que vivió toda aquella historia (BD, 644).

He dicho que Bernal Díaz se nos aparece, ora como escritor con un propósito bien claro, la reivindicación que es el principio estructurador de su discurso, ora como fabulador que derrama su caudal de recuerdos. Pues bien, hay otros planos del texto en que también se advierte una cierta tensión entre dos objetivos opuestos. Uno de los más obvios es, a mi modo de ver, el que se refiere a la imagen social de la Conquista y al estilo de su representación narrativa. Hasta los viajes de descubrimiento, el molde predominante de la historiografía castellana había sido la crónica adscrita a la Corona y a la alta nobleza. Aunque ya en el siglo XV no faltan los textos que dan testimonio de la vida cotidiana del pueblo —pensemos en el *Corbacho*, *La Celestina* o las *Andanzas y viajes* de Pero Tafur—, éstos no pretenden ser Historia, como lo hace Bernal Díaz al llamar a la suya «verdadera». Hace ya

medio siglo, Ramón Iglesia insistió en que con la colonización de América la nobleza había perdido definitivamente la exclusividad de los actos heroicos. No sólo los soldados rasos y sus oficiales pasaron a sentirse los verdaderos actores de la Historia, sino que se atrevieron a proclamar bien alto sus victorias y méritos⁷.

Fruto de ese nuevo estado de conciencia es el cúmulo de testimonios personales —cartas, memorias, crónicas, etc.— que suscita la conquista del Nuevo Continente. Tales textos constituyen una corriente paralela y a menudo opuesta a la cronística oficial, como bien lo ilustra el libro de Bernal Díaz. El propósito principal es la rectificación del discurso predominante desde el punto de vista del testigo presencial. La realidad percibida sobre el terreno, por los propios participantes en el acontecer, constituye sin duda la baza mayor del autor; de ahí que a lo largo de toda la narración Bernal Díaz no se canse de afirmar la exactitud de su percepción y la fidelidad de su memoria. Pero más convincentes que estas constantes protestas de veracidad son acaso los mismos hechos narrados, la impresión de autenticidad producida por esos detalles del quehacer cotidiano que sólo es capaz de evocar quien lo ha visto.

Situada a medio camino entre la crónica al estilo tradicional y el libro de memorias de la edad moderna, la *Historia verdadera* es, pues, una obra híbrida; y en ningún plano del texto se muestra mejor esta ambigüedad que en el modo de retratar a los soldados. De modelos tradicionales derivan las extensas semblanzas de Cortés y Moctezuma, así como las de los capitanes en el capítulo 206. Pertenece, en cambio, a una todavía vacilante literatura de memorias la manera peculiar en que se presentan e insertan en el discurso narrativo las distintas figuras, incluso la de Cortés, como hemos visto unas líneas atrás.

3. *Prosopografía y biografismo tradicionales*

Fijémonos primero en los retratos literarios, género bien conocido desde la Antigüedad y cultivado con especial afición desde los albores del Humanismo. En efecto, al leer el

capítulo 206, ¿cómo no pensar inmediatamente en esas galerías de contemporáneos ilustres que son las *Generaciones y semblanzas* de Pérez de Guzmán y *Claros varones de Castilla* de Pulgar? Parece ocioso preguntarse si nuestro autor se basaba realmente en las dos colecciones castellanas, pues el arte de la descripción prosopográfica ya estaba ampliamente difundido en la época. De todos modos, Pérez de Guzmán y Pulgar no figuran entre las fuentes explícitas de la *Historia verdadera*. La cultura de Bernal Díaz era fragmentaria y adquirida tardíamente, en una época en que el regidor de Guatemala tenía por fin tiempo para dedicarse a la lectura. Así y todo, a la hora de realizar las distintas redacciones de su obra pudo haber leído un buen número de libros, entre ellos quizá los *Comentarios* de Julio César, cuya traducción española se publicó en 1498 y se reeditó en el siglo XVI⁸. Sin embargo, hay dos autores contemporáneos de cierta importancia para la biografía histórica, que Bernal Díaz menciona junto a López de Gómara, en su diatriba contra los cronistas oficiales de la Conquista (capítulo 18): se trata de Paulo Jovio, autor de *Elogios o vidas breves de los cavalleros antiguos y modernos [...]*, y de Gonzalo de Illescas, a quien se debe una *Historia pontifical y cathólica en la que se contienen las vidas y los hechos de todos los summos pontífices romanos [...]*. De ambas obras es difícil averiguar si Bernal Díaz llegó a manejar las ediciones que conocemos actualmente⁹. Pero puede suponerse que, si criticaba a los autores, tenía una idea más o menos precisa del contenido de sus libros, lo que pudo proporcionarle sugerencias para la caracterización literaria de los conquistadores.

Además, hay otro hecho capaz de tener cierta influencia sobre la escritura de nuestro autor. Antes de que los españoles llegaran a Tenochtitlán, los embajadores aztecas transmitieron a Moctezuma no sólo las intenciones de Cortés, sino que le informaron por escrito sobre quiénes eran los invasores. Estos mensajes pictográficos bien conocidos contienen numerosos datos sobre el comportamiento y la apariencia de los españoles, información sobre la que se extiende el mismo Bernal Díaz (BD, 155).

Veamos ahora uno de los ejemplos más ilustrativos de sus propias semblanzas:

El capitán Gonzalo de Sandoval fue muy esforzado, y sería cuando acá pasó de hasta veinte y dos años; fue alguacil mayor de la Nueva-España, y fue gobernador della, juntamente con el tesorero Alonso de Estrada, obra de once meses; su estatura muy bien proporcionada y de razonable cuerpo y membrudo; el pecho alto y ancho, y asimismo tenía la espalda, y de las piernas algo estevado y muy buen jinete; el rostro tiraba algo a robusto, y la barba y el cabello que se usaba algo crespo y acastañado, y la voz no la tenía muy clara, sino algo espantosa, y ceceaba tanto cuanto; no era hombre que sabía letras, sino a las buenas llanas, ni era codicioso de haber oro, sino solamente tener fama y hacer sus cosas como buen capitán esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva-España siempre tenía cuenta en mirar por los soldados que le parecía que lo hacían bien, y les favorecía y ayudaba; no era hombre que traía ricos vestidos, sino muy llanamente, como buen soldado; tuvo el mejor caballo y de mejor carrera, revuelto a una mano y a otra, que decían que no se había visto mejor en Castilla ni en esta tierra: era castaño acastañado, y una estrella en la frente y un pie izquierdo calzado, que se decía el caballo «Motilla»; e cuando hay ahora diferencia sobre buenos caballos suelen decir: «Es en bondad tan bueno como Motilla.» Dijaré lo del caballo, y diré deste valeroso capitán que falleció en la villa de Palos cuando fue a Castilla con don Hernando Cortés a besar los pies a su majestad; y deste Gonzalo de Sandoval fue de quien dijo el marqués Cortés a su majestad que, además de los fuertes y valerosos soldados que tuvo en su compañía, que fue tan animoso capitán, que se podía nombrar entre los muy esforzados que hubo en el mundo, y que podía ser coronel de muchos ejércitos, y para decir y hacer. Fue natural de Medellín, hijodalgo; su padre fue alcaide de una fortaleza. (BD, 641)

La estructura del retrato se atiene en líneas generales a las pautas consagradas del género. Encontramos como contenidos «canónicos» la condición social y cargos del personaje, su descripción física, conducta, ascendencia, lugar de origen y circunstancias de su muerte (estos últimos elementos en cierto desorden). Hasta aquí no hay nada realmente original en comparación con los posibles modelos. Tampoco lo es la evocación de rasgos menos favorables, pues también se encuentran ya en Pérez de Guzmán y en Pulgar: aunque bien proporcionado, Sandoval tiene las piernas estevadas, la voz cavernosa, la pronunciación ceceante. Sin embargo, la falta de cultura y la ascendencia humilde indican el nuevo contexto social de la expedición mexicana. Los personajes retratados ya no son, como en Pérez de Guzmán y Pulgar, descendientes

de familias poderosas que deben su posición a las buenas relaciones sociales, sino hombres de origen humilde, llegados a la fama gracias a su valor y a la solidaridad con los demás soldados.

Por lo demás, es de notar que el texto tiene por punto de partida el momento en que el héroe, con sus veintidós años, pasó «acá». Se nota, pues, una división nítida del espacio y del tiempo; la llegada a América marca una ruptura profunda, una especie de hora cero a partir de la cual ya nada es como antes. Otro punto llamativo: la importancia que el narrador concede al caballo de Sandoval. No basta con recordar que desde la épica medieval el caballo del guerrero ha tenido derecho a la fama literaria. Como es sabido, su papel en las expediciones y guerras del Nuevo Mundo —hasta en la ocupación del Oeste de los Estados Unidos— es esencial, y Bernal Díaz se refiere a menudo a los animales más destacados del cuerpo expedicionario, mencionando sus nombres, amos, propiedades, méritos en la conquista e incluso su muerte. Del mismo Motilla nos dice en otro lugar que «tanto fue de bueno, que su majestad tuvo noticia dél, y aun el Sandoval se lo quiso enviar presentado» (BD, 553).

Volvamos al retrato de Hernán Cortés al que ya he aludido más arriba. En cuanto al físico, los detalles que nos facilita Bernal Díaz sirven para reflejar su talante moral: «la color de la cara tiraba algo a cenicienta, e no muy alegre; y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; y los ojos en el mirar amorosos, y por otra parte graves.» El Marqués del Valle, cargado ya de años y dignidades, tiene una expresión entre afable y adusta. La vida, llena de trabajos, ha hecho mella en su semblante, tal como lo enseñaban las teorías fisonómicas en boga¹⁰. Además, el rostro muestra los vestigios de una juventud movimentada: una cicatriz junto al labio inferior recuerda que «en la isla Española fue algo travieso sobre mujeres» y que por ese motivo tuvo varias peleas (BD, 622).

Siguen unas líneas acerca de sus costumbres alimenticias, en que lo vemos yantar como el gran señor que es, servido de varios criados y comiendo en vajilla de plata, si bien se muestra contrario a manjares delicados y bebe su vino aguado (todo esto, a pesar de que más adelante se dice que en los últimos tiempos había engordado mucho; BD, 625). A continuación

viene un interesante fragmento sobre su cultura y modo de hablar. Bernal Díaz ha oído decir que Cortés era bachiller en leyes y sabe que hablaba en latín cuando convenía. También hacía versos, siendo conocido por su agudeza, como lo ejemplifica el cronista en el episodio de los pasquines, cuando los soldados se quejan en motes y coplas de la repartición poco equitativa del botín:

[...] y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas a loas de sus heroicos hechos, y deshaciendo los del Diego Velázquez y Grijalba y Narváez, respondía también por buenos consonantes y muy a propósito en todo lo que escribía; y de cada día iban más desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: «Pared blanca, papel de necios.» Y amanecía más adelante: «Y aun de sabios y verdades.» (BD, 418)

Prosiguiendo su retrato, señala Bernal Díaz que la moderación de Cortés aparecía también en los momentos de cólera extrema, cuando se le hinchaban las venas de la garganta y de la frente; ahora bien, en vez de blasfemar o insultar al responsable de su enojo, se limitaba a proferir frases sentenciosas como: «Callad, o iros con Dios, y de aquí adelante tened más miramiento en lo que dijéreis, porque os costará caro por ello, e os haré castigar» (BD, 622). Además de su excesiva atracción por el bello sexo —verdadero tópico, que igualmente se consigna en otros textos—, el apartado de sus rasgos menos recomendables abarca también su afición al juego; parece ser un pasatiempo en que el general olvidaba por unos momentos el peso de las responsabilidades y se daba a los chistes propios de los jugadores (BD, 624).

4. *Los personajes amerindios*

¿Cómo describe Bernal Díaz a las grandes figuras del imperio azteca? Es fácil imaginar que nuestro narrador pisa aquí un terreno relativamente desconocido. La técnica y los contenidos a los que estaba acostumbrado no se ajustaban en todos sus aspectos a personas de otra raza y cultura. De hecho, son pocos los dirigentes indígenas que retrata con algún detenimiento: Xicotenga, el jefe tlascalteca (BD, 140),

y, de los aztecas, Moctezuma (BD, 183 y ss.) y Cuautémoc (BD, 299, 410). En vida de estas personas el cronista tuvo probablemente algunas dificultades para captar las expresiones de su personalidad, cuando ignoraba casi todo lo referente a su mundo. Y aunque al escribir sus recuerdos estaba ya más familiarizado con las civilizaciones amerindias, es de suponer que la figura de Moctezuma, por ejemplo, conservase para él algunos enigmas.

Ya antes del descubrimiento de América, la caracterización de magnates exóticos tenía cierta tradición en las letras españolas. Recuérdese lo que González de Clavijo cuenta del gran Tamorlán o las páginas de Tafur sobre el sultán de El Cairo. Por otro lado, ambos siguen en buena parte el camino abierto por Marco Polo y otros viajeros europeos. Ahora bien, en casi todos estos casos, lo que impresiona a los narradores es la corte y la magnificencia de su ceremonial, espectáculo que suele eclipsar la fisonomía y apariencia del príncipe. También Cortés atiende en sus cartas sobre todo al mundo material en que se desenvuelve Moctezuma. He aquí, en cambio, el retrato que traza Bernal Díaz del emperador azteca:

Sería el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, e cenceño e pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas, prietas y bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, e cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañándose cada día una vez a la tarde. (BD, 183-184)

Quedan trazados con precisión los principales rasgos físicos, por lo menos los que podían llamar la atención a un europeo. La expresión del rostro resulta quizá un tanto esquemática y recuerda en su dualismo lo que se ha dicho de Cortés. Además, el texto guarda alguna semejanza con la descripción que da López de Gómara en el mismo punto de su relato, aunque parece corregirlo, por ejemplo, en lo que respecta a la tez y al corte del cabello:

Era Moctezuma hombre mediano, de pocas carnes, de color moreno aceitunado, muy oscuro, según son todos los indios. Llevaba

el cabello largo, y tenía hasta seis pelillos de barba, negros, de un jeme de largo. Era de buena condición, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave, y se hacía temer y acatar¹¹.

El retrato de Bernal Díaz desemboca luego en un texto mucho más largo sobre el modo de vida, entorno material y manera de gobernar de Moctezuma, pasaje de tipo etnográfico que recuerda las consideraciones de González de Clavijo sobre Tamorlán.

5. *Voz y gesto del hombre común*

Si las semblanzas de Cortés y de los principales capitanes conservan todavía una serie de estereotipos de la prosopografía tradicional, la modernidad de Bernal Díaz reside principalmente en la visión que ofrece de los conquistadores más humildes. Es sin duda uno de los primeros relatos sobre una campaña militar en que, junto a los oficiales, cobran una personalidad inconfundible muchos de los soldados rasos; por ejemplo, aquel Cárdenas, marinero de Triana, que tiene en su tierra mujer e hijos, decide un día cruzar el Atlántico, empuña un arma para librarse de una vez para todas de las preocupaciones materiales y acaba por volverse medio loco al ver todo el oro que se lleva Cortés en la distribución del botín (BD, 226-227). En la mente del lector cobran significación todas estas vidas ordinarias, historias de ilusiones y desengaños que son los productos de la epopeya colonial. Con trazo rápido pero firme bosqueja el memorialista lo esencial de cada individuo. Las más de las veces, estas biografías son fragmentarias, sea porque al autor le parece suficiente para su propósito de identificación, sea porque él mismo no sabe más. Así ocurre, por ejemplo, con un pobre soldado anónimo, hijo de genovés y criado en Canarias, a cuya muerte se le encuentra en la faltriquera un saquito con unos dados y «una memoria de dónde era natural y cuyo hijo era y qué bienes tenía en Tenerife» (BD, 538).

El cuerpo expedicionario es como una gran aldea donde todos se conocen por una serie de circunstancias personales, datos que operan como cifras de cada destino. Muchos llevan

pegados al nombre la mención de su oficio o de alguna habilidad particular, así Ortiz «el músico», Andrés de Barrios «el danzador», Escobar «el paje» o Bartolomé García «el minero»; otros están marcados por un rasgo o defecto físico, como el cacique gordo, Hernando Alonso de Villanueva «el manquillo», Nájera «el sordo», Elvira López «la larga» o Tarifa «el de las manos blancas» («llamábamole así porque no era para la guerra ni para cosa de trabajo, sino hablar de cosas pasadas que le habían acaecido en Sevilla», BD, 638).

En el apodo de muchos soldados se reconcentra una característica saliente, un acto que ha dejado rastro en la memoria colectiva, además de servir también para distinguir a las personas que tienen el mismo nombre o apellido. En todo momento Bernal Díaz procura evitar meticulosamente las confusiones, identificando con exactitud a la persona de quien habla. En el ejército van, por ejemplo, cuatro soldados de apellido Solís, tres de los cuales son apodados, respectivamente, «casquete» («porque era algo arrebatacuestiones»), «tras-de-la-puerta» («porque estaba siempre en su casa tras de la puerta mirando los que pasaban por la calle, y él no podía ser visto») y «el de la huerta», llamado también «sayo de seda» por su afición a esta clase de prendas (BD, 629). También quiero reproducir un fragmento en que el autor pasa revista a varios Castillos, entre ellos a sí mismo, y que es un excelente ejemplo de cómo estos hombres populares captan el rasgo de conducta más llamativo de cada uno:

en la capitania del Sandoval había tres soldados que tenían por renombre Castillos: el uno dellos era muy galán, y preciábase dello en aquella sazón, que era yo, y a esta su causa me llamaban Castillo, el galán; los otros dos Castillos, el uno dellos era de tal calidad, que siempre estaba pensativo, y cuando hablaban con él se paraba mucho más a pensar lo que había de decir, y cuando respondía o hablaba era una necedad o cosas que teníamos que reír, y por esto le llamábamos Castillo «de los pensamientos»; y el otro era Alonso del Castillo, que ahora iba con nosotros, que de repente decía cualquiera cosa, y respondía muy a propósito de lo que le preguntaban, y se decía Castillo, «el de lo pensado». (BD, 435)

En cuanto al apodo que remite a un episodio, puede recordarse el pasaje sobre el caballo de Sandoval, en que ya despuntaba la predilección de Bernal Díaz por la anécdota,

forma narrativa mínima que ilustra ciertas situaciones o sirve para ejemplificar un rasgo humano. Pues bien, esos microrelatos abundan en todo el libro. Los hay más o menos vulgares, como aquella escena en que uno de los guardianes españoles de Moctezuma suelta ventosidades en presencia del emperador azteca y, cuando éste lo sermonea y le da una joya de oro, repite la gracia (BD, 208); o las francachelas del licenciado Matienzo, quien se lanza sobre la bota de vino como el gavilán al señuelo (BD, 593). También pertenece a esta clase de chascarrillos lo que se cuenta del licenciado de la Torre, alto funcionario de la Corona y «algo aficionado al juego, especial de naipes»: para poner en ridículo a ese señor malquisto por su rigor, le sujetan un día una baraja en la manga del tabardo, y al atravesar el licenciado con su séquito la plaza de México, se la desatan disimuladamente, de manera que los naipes van cayendo uno a uno a modo de reguero, por toda la plaza (BD, 599).

El fenómeno más destacado en estos retratos populares es probablemente la representación de cuanto se desvía de la normalidad o incluso del decoro. La guerra y los conflictos personales dejan su huella en los hombres, y muchos de los soldados quedarían desfigurados como aquel Heredia «el viejo», que «tenía mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara medio acuchillada, e un ojo tuerto, e cojo de una pierna» (BD, 93). La enfermedad y la muerte acechan a los conquistadores, así por ejemplo a Rodrigo Rangel «que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas, y muy flaco y las zancas y piernas muy delgadas, y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta» (BD, 493) o a Marcos de Aguilár, «ético» y «malo de bubas», quien consigue alargar su vida por unos meses mamando leche de una mujer de Castilla (BD, 570, 575). Muerte de enfermedad digna de mencionar es también la del licenciado Ponce, gran melómano, quien vive sus últimos momentos amenizados por música de vihuela, a cuyo compás mueve dedos y pies hasta fallecer (BD, 659).

Además de los casos de locura, tenemos los de magia, que nuestro autor trata a veces como otra forma de demencia. Un tal Juan Millán, apellidado «el astrólogo», pronostica a Diego Velázquez la venganza de Cortés (BD, 42). Asimismo es presagiada la Noche Triste por «un soldado que se decía

Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y había estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenía *familiar*, algunos le llamaban astrólogo» (BD, 281); cuando se muere deja unos escritos y otros objetos mágicos (BD, 286).

¿Qué imagen da Bernal Díaz de sí mismo en el texto? Su presencia a lo largo del relato se plasma principalmente en una serie de consideraciones metanarrativas, en las que aclara el sentido de su discurso y la posición desde la cual lo redacta. Han suscitado varios comentarios su patente actitud antirrórica frente a López de Gómara, entre otras cosas cuando afirma no ser «latino» o cuando se tacha incluso de «idiota sin letras»¹². En su afán de dar una visión individualizada de los conquistadores, no pudo por menos de hacer unas alusiones a su propia persona. Y de hecho, en el relato de los preparativos de la expedición, se menciona entre los primeros participantes, colocándose modestamente al final de la enumeración (BD, 39). Hemos visto que aparece luego entre los distintos Castillos y que se precia de galán. Vuelve a hablar de sí mismo en la relación de los conquistadores viejos del capítulo 205, pasaje que pone punto final no sólo a la vida del cronista sino también a estas reflexiones mías sobre el biografismo en la *Historia verdadera*:

También me quiero yo poner aquí en esta relación a la postre de todos, puesto que vine a descubrir dos veces primero que Cortés, y la tercera con el mismo Cortés, según lo tengo ya dicho en el capítulo que dello habla; mi nombre es Bernal Díaz del Castillo, y soy vecino y regidor de Santiago de Guatemala, y natural de la muy noble e insigne y muy nombrada villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor de ella, que por otro nombre le nombraban «el galán», que haya santa gloria; [...]. (BD, 640)

Rolf Eberenz
Universidad de Lausana

NOTAS

¹ Véanse Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1964, pp. 147-148, y José Antonio Barbón Rodríguez, «Bernal Díaz del

Castillo, ¿'idiota y sin letras'?», en: *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, t. II, Madrid, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal / Gredos, 1974, pp. 89-104; sobre todo pp. 94-95. Yo mismo intenté, hace unos años, determinar las divergencias estilísticas entre Bernal Díaz y sus competidores más directos, en «Literariedad y estructura textual en la historiografía de Indias. Análisis de fragmentos paralelos de H. Cortés, B. Díaz del Castillo y F. López de Gómara», *Travaux de linguistique et de littérature*, 17, 1979, pp. 295-318.

² Rolena Adorno, «Discourses on Colonisation: Bernal Díaz, Las Casas, and the Twentieth Century Reader», *Modern Language Notes*, 103, 1988, pp. 239-258.

³ Cfr. Stephen Gilman, «Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula», en: *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, II, Madrid, Gredos, 1961, pp. 99-114; James Ray Green, Jr., «La retórica y la crónica de Indias: el caso de Bernal Díaz del Castillo», en: A. David Kossoff et al. (eds.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, 1986, t. I, pp. 645-651, y Adorno, *op. cit.*, p. 256.

⁴ BD = Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982 (indico la página).

⁵ Real Academia Española, *Diccionario de autoridades [1726-1739]*, Madrid, Gredos, 1979, s.v.

⁶ Manuel Alvar, «Bernal Díaz del Castillo», en: Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. I: Época colonial, Madrid, Cátedra, 1982, p. 129a.

⁷ Ramón Iglesia, «Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española», *The Hispanic American Historical Review*, 20, 1940, pp. 517-550, especialmente p. 525.

⁸ Barbón Rodríguez, *op. cit.*, p. 100.

⁹ Cfr. Barbón Rodríguez, *op. cit.*, pp. 97 y 98.

¹⁰ Véase Francisco López Estrada, «La retórica en las 'Generaciones y Semblanzas' de Fernán Pérez de Guzmán», *RFE*, 30, 1946, pp. 310-352; y P. Civil, «Portraits du prince dans l'historiographie espagnole du XVI^e siècle», en: K. Kupisz et al. (eds.), *Le Portrait littéraire*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1988, pp. 69-76; p. 71.

¹¹ Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, ed. de J.L. de Rojas, Madrid, Historia 16, 1986, pp. 166-167.

¹² Remito, entre otros, a los trabajos ya citados de Barbón Rodríguez, Green, así como a Robert Brody, «Bernal's strategies», *Hispanic Review*, 55, 1987, pp. 323-336, y Antonio F. Romero, «La 'falacia antirretórica' en Bernal Díaz del Castillo», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 14, 1988, pp. 337-353.